

KRIMINIS.

MUESTRA DE LECTURA · KRIMINIS.COM/LIBROS

MUESTRA GRATUITA · CAPÍTULO 1

La mente del psicópata

El perfil más famoso del mundo, desmontado

Todo el mundo usa la palabra. Casi nadie sabe lo que significa. Es un perfil, no una condena.

ANTONIO JAVIER CASTILLO MARTÍN

KRIMINIS.

LA MENTE DEL PSICÓPATA · EL PERFIL MÁS FAMOSO DEL MUNDO, DESMONTADO

// Parte 1 · La palabra

01

La palabra más usada **y** **peor entendida**

No es un insulto. Tampoco un diagnóstico. Es un perfil — y se mide.

📁 EXPEDIENTE

El perito lleva cuarenta minutos declarando. Ha explicado el informe, las entrevistas, los cuestionarios. El jurado escucha con esa atención educada del que espera el descanso. Entonces el fiscal hace la pregunta, y el perito contesta con una sola palabra.

«Psicópata».

En la sala no ocurre nada. Nadie se levanta, no suena música, el acusado no mueve un músculo. Y sin embargo, en ese segundo, acaba de moverse todo: no ha entrado ni una prueba nueva, ni un dato, ni un testigo —solo una palabra—, y la balanza se ha inclinado. Los estudios sobre jurados simulados llevan años apuntando en la misma dirección: colgarle esa etiqueta a un acusado endurece lo que la gente está dispuesta a hacer con él.

Es, probablemente, la palabra más pesada de todo el vocabulario criminal. Y la usamos, de media, para describir a un jefe que contesta mal los correos.

Este libro entero depende de que aclaremos una cosa antes de empezar: **«psicópata» no significa lo que crees que significa**. No es un insulto, aunque lo usemos como tal. No es un diagnóstico, aunque suene a bata blanca. Y no es sinónimo de asesino, aunque el cine lleve cincuenta años cobrando por convencerte de lo contrario. Es un **perfil**: una descripción medible de cómo funciona una persona por dentro. La distancia entre ese perfil y la caricatura que tienes en la cabeza es exactamente el recorrido de este libro. Y conviene empezar por lo peor: por cómo la usamos.

// EL USO

La palabra que decimos cinco veces al día

Haz la prueba esta semana y cuéntalas. El jefe que exprime al equipo es un psicópata. La ex que rehízo su vida en tres semanas, una psicópata. El político de turno, el vecino del quinto, el conductor que no cede el paso, el compañero que se apunta tu trabajo en la reunión. La palabra se ha convertido en un comodín para decir algo mucho más simple y mucho menos interesante: *«esta persona me ha hecho daño y no consigo entender por qué»*.

Fíjate en lo que hay debajo de cada uso. Casi siempre significa *cruel*. A veces, *raro*. Muchas otras, solo *frío*. Y con una frecuencia que debería avergonzarnos, significa simplemente *alguien que no me quiso como yo esperaba*. Ninguno de esos significados tiene nada que ver con el original, pero da igual: los hemos apilado todos encima de la misma palabra hasta vaciarla.

Y este es el problema que casi nadie ve: **cuando una palabra significa todo, deja de significar nada**. El día que un profesional la usa para nombrar algo preciso —un patrón concreto, medido con un instrumento concreto—, ya no queda nadie capaz de oír esa precisión. La palabra llega al oyente cargada con el jefe, la ex y el vecino. Hemos gastado el término justo antes de necesitarlo.

// EL ORIGEN

Una enfermedad del alma

La palabra viene del griego: *psyché* (alma, mente) y *páthos* (sufrimiento, dolencia). Literalmente, **«padecimiento del alma»**. Y aquí está la primera ironía: durante buena parte de su vida, el término no designó a nadie peligroso. Servía para nombrar, de forma vaga, cualquier enfermedad mental. Un cajón de sastre, no un retrato.

El retrato empezó a dibujarse mucho antes de que existiera la palabra moderna, con una anomalía que traía de cabeza a los primeros alienistas. En **1801**, el francés **Philippe Pinel** describió lo que llamó *manie sans délire*: **locura sin delirio**. Pacientes capaces de actos atroces cuya razón, sin embargo, estaba perfectamente intacta. No oían voces. No confundían la realidad. Podían explicarte con calma y buenos argumentos lo que habían hecho. Sencillamente, algo en el freno no estaba.

Aquello rompía el molde de la época, que daba por hecho que la locura era, por definición, un fallo de la razón. Pinel había encontrado un fallo *en otra parte*. En **1835**, el inglés **James Cowles Prichard** le puso un nombre que hoy nos suena a juicio moral y no a medicina: *moral insanity*. Y en torno a **1888**, el alemán **Julius Koch** acuñó por fin el término que heredaríamos —*psychopathische Minderwertigkeiten*, «inferioridades psicopáticas»—, con todo el peso desagradable que arrastraba esa palabra, *inferioridad*, en la Europa de su siglo.

Fue **Hervey Cleckley**, en **1941**, quien convirtió esa intuición de siglo y medio en un retrato utilizable con *La máscara de la cordura*. Le dedicaremos el próximo capítulo entero. Pero quédate con la línea que une a todos: durante ciento cincuenta años, gente muy distinta ha estado intentando nombrar **la misma anomalía** —la persona que hace daño estando perfectamente lúcida—. No es un invento de Hollywood. Es un problema viejo, y muy real, al que le hemos ido cambiando la etiqueta.

// EL CONTAGIO

Cómo se escapó del hospital

Una palabra técnica no se convierte en insulto de barra por accidente. Hay un rastro, y se puede seguir.

Durante los años cuarenta y cincuenta, el término vivió encerrado en los manuales: un tecnicismo entre tecnicismos. La primera fuga llegó por donde llegan casi todas: **el cine**. En **1960**, Hitchcock estrenó *Psycho* —sobre la novela de Robert Bloch— y el título hizo el trabajo sucio: recortó la palabra, la puso en una marquesina y la ató para siempre a un motel, una ducha y un cuchillo. A partir de ahí, «psycho» ya no era una categoría clínica. Era una *promesa de espectáculo*.

La consagración llegó en **1991** con *El silencio de los corderos*, que barrió los cinco Óscar grandes y regaló al mundo un arquetipo tan seductor como falso: el psicópata **brillante**, culto, capaz de citar a Marco Aurelio mientras te desmonta por dentro. Hannibal Lecter hizo por la palabra lo que ningún manual habría conseguido: la volvió *fascinante*. Y de paso instaló la ecuación que este libro entero se dedica a desmontar: psicópata = genio = asesino.

El último salto es el más reciente y el más silencioso. En **2006**, Paul Babiak y el propio Robert Hare —el autor de la escala— publicaron *Snakes in Suits*, y la idea del **«psicópata corporativo»** saltó de la cárcel a la oficina. Cuando llegó la crisis de 2008, la palabra ya estaba lista y esperando: de repente todo el mundo tenía un jefe psicópata, un banquero psicópata, un compañero psicópata. Jon Ronson remató la jugada en 2011 con *El test del psicópata*, un libro estupendo cuya lección —*ojo con lo fácil que es etiquetar*— casi todo el mundo leyó al revés.

Y ahí acabó el viaje: de «padecimiento del alma» a «capullo con corbata» en poco más de un siglo. No es un problema de ignorancia, ojo. Es lo que le pasa a **cualquier palabra que resulta demasiado útil**: la usamos hasta que se rompe.

MITO VS. REALIDAD

EL MITO

«Psicópata es el que mata. Si no ha matado, no es un psicópata.»

LA REALIDAD

La psicopatía es un **perfil de personalidad, no un delito**. Se estima en torno al **1 % de la población general** —uno de cada cien— y en un **15-25 % de la población reclusa**. Haz la cuenta: si el 1 % de tu país tuviera un cadáver detrás, vivirías en una fosa común. La inmensa mayoría no ha matado a nadie, ni lo hará. El asesino en serie no es el psicópata típico: es una *rareza dentro de una rareza*.

// LA CONFUSIÓN

La palabra no está en el manual

Aquí llega el dato que descoloca a casi todo el mundo, incluidos muchos periodistas que escriben del tema todas las semanas: **«psicópata» no es un diagnóstico**. No lo encontrarás en el DSM-5, el manual diagnóstico de referencia. Ningún psiquiatra puede, en rigor, «diagnosticarte psicópata», porque esa categoría no existe en su catálogo.

Lo que sí existe es el **Trastorno de Personalidad Antisocial (TPA)**. Y no son la misma cosa, aunque el periódico los use indistintamente. La diferencia es de *enfoque*, y entenderla vale por medio libro. El TPA se define, sobre todo, por la **conducta**: saltarse las normas, mentir, ser agresivo, impulsivo, irresponsable, no sostener un trabajo ni una promesa. Es una lista de *lo que la persona hace*. La psicopatía, en cambio, apunta al **núcleo afectivo e interpersonal**: el encanto superficial, la grandiosidad, la ausencia de remordimiento, la emoción de tres milímetros de profundidad. Es una descripción de *lo que la persona es*.

La consecuencia es contraintuitiva y conviene decirla despacio: **la mayoría de las personas con TPA no son psicópatas**. Muchísimos delincuentes reincidentes cumplen los criterios de conducta antisocial sin tener nada de ese núcleo frío —son impulsivos, sí; caóticos, sí; pero sienten culpa, quieren a su gente y se arrepienten a las tres de la mañana—. El TPA es un cajón enorme. La psicopatía es una esquina pequeña y particular de ese cajón.

¿Y «sociópata», esa palabra que la ficción usa como si fuera un matiz sofisticado? Tampoco existe clínicamente. Se popularizó para subrayar un origen *social* frente a uno presuntamente biológico, pero ningún instrumento serio distingue hoy entre psicópata y sociópata: es una discusión de sobremesa disfrazada de tecnicismo. Volveremos a ella en el capítulo 4, porque el lío de etiquetas merece su propio ajuste de cuentas.

Entonces, si no es un diagnóstico, ¿qué es? Es una **puntuación**. La psicopatía se *mide*, con un instrumento, y da un número. Ese instrumento —la escala PCL-R de Robert Hare— es el protagonista del capítulo 3 y el motivo por el que este campo dejó de ser literatura y pasó a ser ciencia. Por ahora quédate con la idea: cuando alguien dice «psicópata» sin que nadie haya puntuado nada, no está diagnosticando. Está opinando.

LA TÉCNICA

Tres filtros para saber, en tiempo real, si quien usa la palabra sabe lo que dice:

1. «¿Describe un acto... o a una persona?»

- Si nombra **una cosa que alguien hizo** («qué psicópata, me dejó por WhatsApp») → uso coloquial. Es un insulto, y está bien saberlo.
- Si nombra **un patrón estable**, presente durante años y en todos los ámbitos de una vida → puede que estemos hablando del perfil real.

2. «¿Hay un instrumento detrás?»

- Si alguien ha puntuado una **PCL-R** con expediente delante y entrevista hecha → es una medida.
- Si sale de mirar a alguien por la tele o al otro lado de la mesa → es una impresión. Las impresiones no puntúan.

3. «¿Se usa para explicar... o para condenar?»

- El perfil **describe** cómo funciona alguien. No decide su culpa, no predice su futuro y no cierra la conversación.
- En cuanto la palabra sirve para *terminar* de pensar en una persona, ha dejado de ser criminología.

La palabra no describe: actúa

Podrías estar pensando que todo esto es pedantería de manual, una discusión de matices que no le hace daño a nadie. Aquí está la parte incómoda: **esta palabra no se limita a describir el mundo. Lo cambia.**

Vuelve a la sala del principio. Cuando el perito dice «psicópata», el jurado no oye una puntuación en una escala de 40 puntos: oye *irrecuperable*. Oye *monstruo*. Oye todo lo que ha visto en veinte años de cine, condensado en cuatro sílabas y avalado por un señor con credenciales. La investigación con jurados simulados —el trabajo de **John Edens** y sus colegas es la referencia obligada— ha mostrado repetidamente que la etiqueta, por sí sola, empuja hacia las decisiones más duras, incluida la disposición a apoyar la pena capital. La misma persona, los mismos hechos, la misma prueba: solo cambia una palabra en el informe, y cambia el castigo.

Y ahora la ironía que debería quitarnos el sueño. Como veremos con datos en el capítulo 7, la propia literatura reconoce que la psicopatía predice la reincidencia violenta solo de forma **moderada**, con márgenes de error amplios y un rendimiento muy discutido cuando se aplica a un individuo concreto en vez de a un grupo. Es decir: estamos usando una etiqueta de poder predictivo modesto para tomar decisiones **irreversibles** sobre vidas humanas.

Por eso la precisión de este primer capítulo no es un capricho de académico. Un perfil mal usado no es un error de estilo. Es un error **con consecuencias**, y las paga siempre alguien que no eres tú.

EL CASO KRIMINIS · PATRICK BATEMAN

American Psycho – Bret Easton Ellis · Psicopatía

Si buscabas la prueba de que usamos la palabra a lo loco, está en el título más famoso que la contiene. **American Psycho**. Patrick Bateman: el banquero de Wall Street, tarjetas de visita en hueso hindú, gimnasio, Huey Lewis and the News y motosierra.

Y aquí está el chiste que casi nadie pilla: **Bateman probablemente no sea un psicópata clínico en absoluto**. Es una *sátira*. Ellis no escribió un caso psiquiátrico: escribió el vacío de un sistema donde nadie mira a nadie. Fíjate en la señal que la propia obra te deja: Bateman *confiesa* —llama, lo grita, lo suelta— y nadie le hace el menor caso; lo confunden con otro compañero de traje idéntico, el piso aparece impecable y en venta. La historia deja abierta, a propósito, la posibilidad de que **no haya matado a nadie**.

Su «psicopatía» no es un núcleo afectivo frío medido en una escala: es la metáfora de un mundo en el que un hombre puede anunciar que descuartiza gente y seguir siendo invisible, porque nadie distingue su cara de la del de al lado. El «psycho» del título no es un diagnóstico. Es una acusación... *contra nosotros*.

→ Expediente completo de Patrick Bateman en kriminis.com

⚠ EL ERROR DEL APRENDIZ

Tres trampas, y las tres las cometerás si no vas con cuidado. La primera: **diagnosticar desde el sofá**. Terminarás este libro sabiendo mucho, y sentirás la tentación de aplicarle la escala a tu cuñado. No lo hagas: hace falta expediente, entrevista y formación, y hasta los profesionales discrepan entre sí. La segunda: **confundir «sin empatía» con «malvado»**. La empatía no es la moral. Hay gente decente con la empatía emocional bajo mínimos que se comporta impecablemente por principios, y gente rebotante de empatía que hace un daño espantoso. La tercera, la peor: **usar la palabra para dejar de pensar**. En el instante en que decides que alguien es un psicópata, dejas de intentar entenderlo —y entender es, literalmente, lo único que hace la criminología—.

🔥 TU TURNO

Durante los próximos siete días, **caza la palabra**. En la oficina, en el grupo de WhatsApp, en un titular, en tu propia boca. Cada vez que aparezca, anótala y hazle dos preguntas:

1. **¿Qué quería decir de verdad?** Traduce: ¿*cruel*? ¿*frío*? ¿*raro*? ¿*me hizo daño*? Casi nunca será «núcleo afectivo plano y grandiosidad».
2. **¿Sobreviviría a los tres filtros?** ¿Describe a una persona o un acto? ¿Hay un instrumento detrás? ¿Explica o condena?

Al séptimo día tendrás una lista y una sospecha incómoda: que la palabra casi nunca se usa bien —y que tú también la usabas mal—. Ese momento, el de pillarte a ti mismo, es donde empieza este oficio.

En una frase: «psicópata» no es un insulto ni un diagnóstico, sino un **perfil que se mide — y usarlo mal no es un fallo de estilo, es un fallo con consecuencias.**

En el próximo capítulo conocemos al hombre que se sentó a escuchar a estos pacientes cuando a nadie le interesaban, y que escribió el retrato que seguimos usando ochenta años después. Hervey Cleckley, y la máscara que da nombre a todo esto.

KRIMINIS.

// FIN DE LA MUESTRA

Esto era solo el principio

Acabas de leer el **primer capítulo** de **La mente del psicópata**. El libro completo son **9 capítulos** — y, al final, un cuaderno de trabajo con **fichas de los villanos**, **vacunas de recuerdo**, un **mapa conceptual** y un **test de 20 preguntas con solucionario**.

La mente del psicópata

El perfil más famoso del mundo, desmontado

4,95 €

Ebook (Kindle) · PDF

Consíguelo en **kriminis.com/libros**

Explicar no es justificar.
— Antonio Javier Castillo Martín